

pon
el fantasma
en
tu vida



ROSA GRAU

m̄r

ROSA GRAU

PON UN FANTASMA EN TU VIDA

mī

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© 2018, Rosa Lucinda Grau Lillo

© de la imagen de cubierta: M. Unal Ozmen y Mathom-Shutterstock

© del diseño de cubierta, Ballet®, 2018

© 2018, Editorial Planeta, S.A.

Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.mrediciones.com

www.planetadelibros.com

Primera edición: abril de 2018

ISBN: 978-84-270-4418-0

Depósito legal: B. 5.981-2018

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Impresión: Rodesa, S. A.

Impreso en España-Printed in Spain

1

—¿Willi, cariño? —Estiro un brazo y me asusto al ver cómo me tiembla la mano. Al cabo de unos instantes, consigo posarla sobre mi antebrazo—. ¿No crees que es hora de que te despiertes? Estás empezando a preocuparme, ¿sabes? —Me acaricio con dulzura—. Si pudieras ver lo delgadas que nos estamos quedando, lo entenderías y te levantarías de esa cama más rápido que canta el gallo. ¡Por no hablarte de la piel, Willi! Esa piel suave y satinada color café con leche de la que nos sentimos tan orgullosas. ¡Se está quedando cetrina! ¡Sin brillo! Y sabes que eso nos molesta mucho. —Me inclino sobre mí misma e intento zarandearme por los hombros, sin mucho éxito—. Sabes que no puedo vivir sin ti. Willi..., preciosa... —suplico, mientras intento retirarle el mechón de pelo azul que le cae por la frente—. Para mí eres lo más importante del mundo. ¿Es que no tienes ganas de vivir? Si quieres, podemos volver a Nueva York. O a España. Podríamos regresar a España, sí. Nos gustó mucho cuando nos llevó mamá. Los españoles lo que más. ¿Recuerdas lo guapos y simpáticos que son? Willi, por favor, no puedes quedarte ahí, quieta, sin hacer nada. Porque si es eso lo que de verdad deseas..., que sepas que me vas a dar un disgusto enorme. Pero enorme. Sería un desastre de primera magnitud. ¿Lo entiendes? ¿Entiendes que lo perderíamos todo? —Procuro que mi voz suene convincente y motivadora, pero nada. Mi cuerpo no reacciona.

«Déjalo ya, Willi, no te esfuerces más o terminarás tirándote de los pelos. Mañana será otro día. Sí, tal vez mañana la cabezota esta se digne a hacerte caso y abra un ojo».

Todavía no sé cómo lo he hecho, pero lo he perdido. He perdido la única cosa en el mundo que se supone que las personas no debemos perder: nuestro cuerpo. ¡Jesús bendito! Qué contrariedad.

Ojalá pudiese regresar en el tiempo. Si pudiese pedir un deseo, desearía que el tío Philip no me hubiese dejado la granja en herencia; entonces podría seguir viviendo en Nueva York tan tranquila. Sin trabajo, pero tranquila. Y todo habría sido muy distinto si mi hermana, con la que no me hablo desde hace un año porque se saltó a la torera la más básica de las normas fraternofiliares, no se hubiera encaprichado de mi novio, que, por una de esas casualidades de la vida, resulta que es productor de cine, y ella deseaba ser actriz. Y no, tampoco hice caso cuando no paró de remolonear a nuestro alrededor, tan inmersa como estaba en mi propia burbuja de felicidad. Y, además, pensé que se trataba de la consabida admiración, propia de una hermana pequeña hacia su hermana mayor.

¿Me preguntas si no me percaté de su sucio juego?

Pues no, la verdad. Hasta, incluso, cuando me entregó en mano la invitación de boda, yo todavía pensaba que tenía un novio en edad muy casadera que no terminaba de arrancar (Frank tiene trece años más que yo. O sea, treinta y siete). También pensé, fíjate tú qué coincidencia, que mi hermana pequeña iba a casarse antes que yo con un tío mayor y que también era productor de cine. Por otro lado, cuando mis padres o yo misma nos interesábamos y le preguntábamos por su misterioso novio, ella excusaba su mutismo diciendo que no quería hablar del tema, que no había que tentar al destino y que se le gafara la boda, que ya nos enteraríamos de su identidad el día señalado.

La boda fue un acontecimiento extraño, se mire por donde se mire.

Aquel sábado de mayo amaneció templado y soleado después de una semana ininterrumpida de lluvias, como si el sol se congratulara con la dichosa novia. Hasta el último momento no supimos adónde teníamos que dirigirnos. Mi madre estaba enfadada. Mi hermana tardó muchísimo en arreglarse y no dejó que nadie la ayudara con el vestido. La gente tardó una eternidad en aparecer. Y el novio... Bueno, el novio fue toda una sorpresa.

Sobre las doce de la mañana nos montamos en el coche y nos dirigimos a un piso situado frente a Central Park, propiedad de una de las amigas de mi hermana. Subimos nerviosos y con ganas de conocer al novio, por fin. Menos mal que no se me ocurrió embo-

racharme a horas tan intempestivas, cuando mi padre se empeñó en descorchar unas cuantas botellas de champán francés para obsequiar a los cuatro amigos que se reunieron en casa con nosotros. Y, por suerte, ese día llevaba un cómodo vestido de gasa que me dejaba total libertad de movimientos (los necesitaría para bajar los quince pisos a saltos un poco más tarde).

Nos encontrábamos todos reunidos en el gran salón, cuando anunciaron la llegada del novio. Me volví y lo examiné con curiosidad. El tiempo se detuvo por una fracción de segundo; se nos puso cara de espanto y nadie dijo ni mu hasta que las copas de vino blanco que sujetábamos mis padres y yo cayeron al unísono sobre la moqueta clara en medio de un silencio sepulcral. Allí estaba mi Frank. Guapo, moreno, embutido en un esmoquin negro y luciendo pajarita al cuello. Hasta se había puesto una flor amarilla en la solapa y todo.

Le miré sorprendida, y él me devolvió una mirada seria desde la profundidad de sus ojos grises. Una mirada que sugirió: «Ojalá fueras como Lolita». Tras un segundo de incertidumbre, le devolví otra que decía a las claras: «Ojalá».

Por una parte, estaba convencida de que se trataba de un error. Que no podía ser cierto lo que mis ojos veían y que existiría una explicación, por inverosímil que fuera, de que mi hermana no podía ser tan... tan... rastrera. Pero, por otra parte, me aferraba a la idea de que sí, de que me la habían jugado bien.

Miré a mi hermana, miré a mi novio y miré a mi madre. De pronto todo se volvió borroso, y sospecho que si mi madre no me hubiese sujetado por el bajo del vestido, podría haberme abierto la cabeza contra el canto de una mesa. Después, agarró a mi padre por un brazo y con voz enfadada dijo: «Vámonos de aquí, esto es una charada».

Ni que decir tiene que mi hermana no entendió nuestra reacción y se sintió muy ofendida cuando su familia abandonó su boda diez minutos antes del comienzo de la ceremonia.

La última frase que escuché de sus labios fue: «Nunca has podido soportar verme feliz, ¿verdad, Wan Tun?». Frase que, por supuesto, era tan veraz como afirmar que los niños vienen de París.

Desde entonces no nos hablamos. Para entender su manera de actuar un poco mejor, te explico cómo es en cuatro sucintas frases.

María Dolores nació dos años después que yo. Ella es rubia, yo no. Ella es alta, yo no. Ella es guapa, yo no. Ella es espontánea, yo no. Ella es graciosa, yo ni me lo planteo. Todas estas razones, junto con unos ojos de color mar caribeño y unos labios como claveles rojos reventones, son las causantes de que crecer junto a ella fuera un verdadero martirio.

Mi primer recuerdo vívido de ella es el de una niña regordeta, con angelicales rizos rubios, soplando las velas de mi quinto cumpleaños mientras nuestra madre la reprendía con cariño una y otra vez. Con apenas tres años, mi preciosa hermanita hinchaba los carrillos, hacía palmitas y ya mostraba signos de una marcada falta neuronal procedente, probablemente, de algún gen extraviado de vete tú a saber qué antepasado nuestro. Recuerdo que dijo mamá: «Cariño, tú no tienes que soplar. Deja que lo haga Willi. Hoy es su cumpleaños, ¿sabes?».

Suspiré resignada y dejé que soplara. Me negué a privar a una niña tan encantadora de un simple capricho que no hacía daño a nadie.

Te confesaré una cosa. Si volviese a cumplir cinco años, le metería la cabeza llena de rizos en toda la tarta y aguantaría hasta que se le quitaran las ganas de soplar las velas de otro.

Esa fue la tónica que marcó desde entonces nuestra relación.

A los once años le vinieron la regla y los pechos, y creció como los pepinos; de la noche a la mañana me sacaba quince centímetros.

A los catorce me puso el odiado apodo de «la Wan Tun» durante una fiesta en la que me vio flirteando con un chico que se interesó más por mí que por ella. A modo de venganza, y ante su insistencia en que la llamáramos Lolita, yo me refería a ella como María Dolores o Dolores a secas. Y, aunque reconozco que ese nombre le iba como un guante, me posicioné en mi posición de hermana mayor y me negué en rotundo.

No sabría expresar con palabras lo mucho que me afectó ver cómo María Dolores perdía la virginidad, una y otra vez, con todo aquel que le apetecía mientras yo me sumía en una pequeña crisis de identidad precisamente por todo lo contrario. Y en medio de esa dinámica de polvos en exceso por un lado y de polvos por defecto por el otro lado, las pullas solapadas y no tan solapadas por ambos lados, y las miradas asesinas miraras por donde miraras, los años fueron pasando.

Y aunque nuestras elevadas conversaciones solían ser del tipo: «Dolores, como estornudes se te van a ver las bragas», «Eso sería un milagro, porque no llevo»; o: «Oye, Wan Tun, el día que engañes a alguien y pierdas la virginidad daremos una fiesta», «¿Y quién te dice que no la he perdido ya?». «Ja, ja, ja. No, si algo de gracia sí que va a tener y todo», siempre pensé que el tiempo se encargaría de pulir nuestras pequeñas desavenencias y que algún día llegaríamos a tener una verdadera relación de hermanas en la que primaría la confianza y la ayuda mutua. No fue hasta los veintidós, cuando me quitó el novio y se casó con él, que me di cuenta de los verdaderos sentimientos de mi hermana y de cuán equivocada estaba. Definitivamente, me odiaba.

Aún hoy todavía me pregunto si ese comportamiento suyo tan errático e inmaduro no será en parte culpa mía y en parte consecuencia del nombre que mis padres eligieron para ella.

Dolores una y Wilhelmina la otra. Nombres tan dispares como lo son nuestros caracteres y nuestro físico. María Dolores, la que siempre llevaba una plétora de hombres alrededor de ella dispuestos a complacerla. La que siempre podía echar mano de cualquiera de ellos, dependiendo de sus necesidades. La que el año pasado, y en un momento dado, necesitaba un productor de cine. ¿Para qué buscarse uno propio cuando disponía del mío al alcance de la mano? Lo que quiero decir es que María Dolores es la que siempre se sale con la suya, la impetuosa, la que cree que se lo merece todo, no importa a quién tenga que llevarse por delante. En este caso, a su propia hermana.

En fin, lo importante es que mi novio se casó, y no conmigo precisamente.

A decir verdad, aún no he superado que se quedara con Frank a pesar de no ser ninguna bicoca. Pero yo ya estaba acostumbrada a su pequeño problema de actitud dictatorial y a su obsesión extrema por la belleza y la perfección. Y ya puestos, a su monocromática indumentaria. Siempre iba vestido completamente de negro y se teñía el pelo de negro, porque cuatro canas delatoras en las sienes le hacían «parecer mayor de lo que en realidad era». Y en invierno..., en invierno se embutía en un abrigo negro que le daba un aire a lo George Clooney de lo más fascinante.

Pero aparte de esos pequeños detalles sin importancia, era alto, de espaldas anchas, dueño de unos ojos grises capaces de hacerte

girar la cabeza, divertido y tremendamente culto. Perdona, he olvidado decirte que Frank no es un productor de cine al uso. Él produce películas de acción de mucho éxito. Lo que suele llamarse «taquillazos».

Gracias a Dios, a mí todo eso no me importaba.

Lo que realmente me molestó fue el hecho de mi despido. En esa época trabajaba como becaria en una emisora de poca monta de la televisión local. Todo iba como la seda hasta que mi hermana se enteró de que mi antiguo novio, y recién y flamante cuñado, acababa de adquirir dicha emisora. Entonces debió de pensar como el ladrón, que cree que todos son de su condición. Ni corta ni perezosa me mandó una simple carta de despido alegando, no te lo pierdas, «prevención de riesgos».

Poco después encontré un trabajo de chica del tiempo en otra cadena de televisión —fue una situación de lo más degradante—. Por lo visto, la gracia consistía en hacer creer a los telespectadores que el próximo parte del tiempo lo daría Willi Nelson en persona. No mentían. Lo que ocurre es que no era el Willi Nelson que ellos esperaban ver, a pesar de la larga trenza postiza y la guitarra echada al hombro que me obligaban a pasear por todas partes.

Se me presentaba un futuro bastante incierto, oscilando entre tener un trabajo de mierda o no tener ninguno. Entonces, cuando más desesperada me encontraba, mis padres tomaron la decisión de llevarme con ellos. Desde luego fue una decisión meditada y discutida hasta la saciedad. Mi padre es el profesor William Nelson, especializado en el comportamiento animal —de todo tipo—, y mi madre es la doctora Josefina Reyes, un genio de la etnobotánica por la Universidad de Nueva York —es experta en plantas, desde el perejil hasta la flor cadáver, que solo florece cada siete años en las selvas tropicales de Sumatra—.

Pues bien, a mi madre, entusiasmada y encantada, se le ocurrió la genial idea de que, ya que me había quedado sin trabajo, lo mejor que podía hacer era acompañarlos durante su inminente expedición a Borneo. Después de tres fructíferos meses estudiando el comportamiento del orangután, pasaríamos otros tres meses rodeados de la exuberante vegetación de Sumatra, contemplando, extasiados, cómo florecía por fin la planta cadáver. Se llama así porque crece directamente de la tierra, alcanza el tamaño de un

hombre adulto y huele a muerto en estado de putrefacción. Una flor mítica que conseguiría que mi madre tuviera un orgasmo en el momento en que le echara el ojo encima.

—Cariño, va a ser maravilloso tenerte con nosotros tanto tiempo —me dijo, emocionada, desde el otro lado de la mesa del comedor. Cogió el móvil e hizo unas cuantas llamadas rápidas, intentando solucionar el tema del pasaporte, los visados, las vacunas, la estancia...

—Osito (me encasquetaron el apodo nada más nacer; parece ser que mi diminuto cuerpo estaba cubierto por una fina capa de vello negro. No me disgusta del todo), confío en que sepas apreciar la oportunidad que se te presenta. —Mi padre me dedicó una sonrisa rebotante de felicidad, al tiempo que sus oscuros ojos azules chispeaban de anticipación—. No todos los días puede uno acariciar a un orangután y ocuparse de sus necesidades. —Me palmé el brazo con cariño—. Te va a encantar alimentar a los bebés y cambiarles los pañales.

Había que ser muy lela para no saber leer entre líneas: iba a recoger mierda de mono —por mucha fanfarria que le echaran— las veinticuatro horas del día durante tres meses, para después dar el gran salto y acabar impregnada de olor a muerto durante los tres meses restantes —no es que haya podido constatar en persona a qué huele un cadáver en estado de descomposición, pero cuando mi madre me lo explicaba arrobada le daba un sentido totalmente nuevo a la palabra realismo—. «¡Dios mío!, ¿a quién he matado?», pensé con ironía. Justo lo que necesitaba en esos momentos: pasar seis meses de mi vida con mis padres, perdida en algún recóndito lugar sin civilizar. No, gracias. Arrastré la silla hacia atrás y me estiré, dejando pasar el tiempo. Cuando ya llevaba un buen rato asintiendo y sonriendo como la tonta del pueblo, se me ocurrió que debía cambiar de táctica. Así que crucé las manos sobre mi abdomen e hice girar los pulgares a toda velocidad mientras seguía pensando en cómo escaquearme sin herir sus sentimientos. Contemplé con preocupación la cara ilusionada de mi padre y el gesto de felicidad de mi madre. Y aunque me considero una persona liberal y transgresora, no pensaba dejarme arrastrar hasta Dios sabe dónde sin saber exactamente en qué condiciones iba a dormir o si tan siquiera podría mantener

una mínima higiene diaria, dentro de los cánones exigidos para las mínimas higienes diarias.

Y fue entonces cuando mi vida dio un giro radical.

Experimenté una sensación de alivio total cuando el timbre de la puerta sonó y, como es lógico, aproveché la ocasión para levantarme de la mesa a toda prisa. Abrí la puerta y un mensajero me entregó un sobre certificado a nombre del señor Nelson. Me extrañó que no viniera a nombre del profesor Nelson —siempre que recibíamos certificados eran a nombre del profesor Nelson o la doctora Reyes—. Estampé una firma y le acerqué el sobre de la carta a mi padre. La abrió, la leyó, le cambió el semblante y después la estrujó, antes de anunciar con voz contenida:

—Willi, cariño, ya no hace falta que vengas con nosotros. Seis meses se te pueden hacer muy pesados. —Hizo una pausa para carraspear—. Te vas a ir a Hampshire. Parece ser que mi hermano te ha regalado su casita de campo.

—¡Anda! —exclamó mi madre—. ¿Y cómo es eso?

Nos mantuvo en ascuas como diez interminables segundos.

—Ha... fallecido... —Volvió a carraspear y necesitó como otros cinco minutos más para poder seguir hablando—. Y te la ha dejado en su testamento —nos comunicó, con voz ronca, un segundo antes de echarse a llorar desconsoladamente.

Esta noticia me ocasionó, por así decirlo, dos reacciones muy diferentes. Por un lado, sentí alivio y alegría, y, por otro lado, un profundo pesar.

Que Dios me perdone, pero aún con el cadáver del tío Philip caliente una sonrisa mal disimulada cruzó mi cara de lado a lado.

¡No tiene nada de malo alegrarse por librarte de limpiar mierda de mono!

Y que conste que, una vez en la soledad de mi habitación, lloré un montón pensando en el pobre y querido tío Philip.